

La Estética de lo Sublime

Obed Delfín

Auschwitz es el acto oculto que abre el sendero de la posmodernidad, y hace enmudecer a la poesía, tal como dijo Adorno. Sin pretender establecer una nueva polémica acerca de lo posmoderno, podemos hablar entonces del arte contemporáneo, o más impreciso aún del arte de hoy en día. Lyotard señala que lo posmoderno es aquello que alega lo impresentable en lo moderno y en la representación misma. Lo que niega la consolación de las formas bellas, e indaga presentaciones nuevas no para gozar de éstas, sino para hacer sentir lo que es impresentable.¹ Es decir lo sublime, que es lo impresentable, por ser en sí un contenido ausente que escapa a la claridad conceptual de la razón.

El sentimiento de lo sublime con lleva, a la vez, a la dualidad entre el placer y la menesterosidad. El placer, en lo sublime, es provocado por la percepción de ese peligro que conlleva a la destrucción de sí mismo. Peligro que es terror y dolor, que en su ocultamiento se muestra presente sin poder llegar a ser expresado. Para Lyotard, esta contradicción del sentimiento sublime es el conflicto que se presenta entre las facultades del sujeto, la facultad de concebir una cosa y la facultad de “presentar” una cosa², tal vez, de no poder representar lo que se concibe, pues lo sublime contiene la imposibilidad de no poder ser representado.

Para Kant, así como para Burke³, lo sublime se estaba en relación con la naturaleza, la cual por no ser abarcable en su grandeza y conduce a lo sublime. No obstante, “El Guernica” de Picasso, aún cuando muestra todos los elementos que son sublimes según Burke, el caballo, el toro, la luz, el dolor... no se fundamenta en la naturaleza, sino en el terror artificial, el construido por el hombre, y por ende el máximo terror. Este terror sublime no se puede mostrar en el cuadro, ni en la fotos de la ciudad destruida, pues éste ha aparecido y se ha ocultado dejando tras de sí el silencio y el terror.

“El Guernica” modifica la estética de lo sublime, pues abandona la naturaleza, y fundamenta lo sublime provocado por lo humano, o mejor dicho, por lo inhumano. Lo que provoca el sentimiento de lo sublime en “El Guernica” no es la naturaleza, sino la muerte provocada por lo humano. Lo que el siglo XX nos ha confirmado con creces, y hasta el hartazgo.

Asimismo, el siglo XX nos ha mostrado, suficientemente, que la experiencia transparente y comunicable es inexistente. Pues, la experiencia estética de lo sublime nos muestra que tal experiencia no es transparente, sino oculta. Asimismo, la experiencia en vez de ser comunicable, es el silencio; que al intentar comunicarse se detiene en lo que no puede expresar, se detiene en el silencio que acecha en lo oculto. En lo sublime la imaginación fracasa, ya que no consigue presentar el objeto de representación. En este sentimiento se tiene la idea del mundo, pero no se tiene la capacidad de mostrar una representación de ella⁴.

¹ Cfr. J. F. Lyotard. La posmodernidad explicada a los niños, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996, p. 25.

² Cfr. J. F. Lyotard. La posmodernidad explicada a los niños, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996, p. 20.

³ Véase, I. Kant “Crítica de la facultad de juzgar”; y Burke “Inquiry into the origin ...”

⁴ Cfr. J. F. Lyotard. La posmodernidad explicada a los niños, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996, p. 21.



Es posible concebir lo oculto, el silencio, la aprehensión de lo absolutamente grande, de lo absolutamente poderoso. Sin embargo, toda representación destinada a hacer ver esta potencia se muestra como dolorosamente insuficiente. Por cuanto lo sublime se inscribe dentro de las ideas que no tienen presentación.⁵ De allí, la imposibilidad de expresión, la impotencia del lenguaje, y el silencio se convierte, entonces, en la posibilidad de lo posible. Por lo cual, se hace preciso inventar alusiones a lo concebible que no puede ser presentado⁶. La dualidad de la menesterosidad y del placer se hace patente.

Lo inexpressable no reside en un allá lejos, en un otro mundo, en otra dimensión, éste reside en que suceda algo, en que se exprese algo. Así, el terror se convierte en una manera de dar cuenta de la indeterminación de lo que ocurre en lo oculto,⁷ en lo retraído, en lo que no quiere ser público. Lo que está retraído es desconocido para la conciencia, ya que no puede constituirlo. Lo oculto, el que suceda algo es lo que desampara la conciencia, lo que la destituye, lo que ésta no logra pensar e incluso lo que ella quiere olvidar para constituirse a sí misma.⁸

De aquí que las imperfecciones, las infracciones al gusto, la fealdad, lo retorcido tengan su parte en el efecto de lo aprehensivo. Lo sublime no imita la naturaleza, más bien crea un mundo paralelo, donde lo monstruoso y lo informe tienen su derecho porque pueden ser sublimes⁹. Por ser informe, oscuro, el sentimiento de lo sublime es indeterminado, éste es un placer mezclado con lo doloroso, un placer que proviene del pesar¹⁰.

El sentimiento de lo sublime se genera en los terrores, los cuales están vinculados a las privaciones. Privación de la luz, que conlleva al terror a las tinieblas, lo oscuro; privación del prójimo, terror a la soledad, a la ausencia; privación del lenguaje, terror al silencio; privación de los objetos, terror al vacío; privación de la vida, terror a la muerte. Lo que aterroriza y conduce a lo sublime es que la privación ya ha sucedido. Sin embargo, ésta se muestra como lo no sucedido, lo que está por suceder, el suceder sucedido y siempre por suceder.

El alma, en lo sublime, está petrificada por el estupor, está inmovilizada, como si estuviera viva, pero, a la vez, muerta. El arte al intentar alejar esta amenaza del terror procura el placer del alivio, del deleite, el conjuro de lo encubierto. Gracias al arte, el alma se entrega a la agitación entre la vida y la muerte¹¹. Lo sublime es cuestión de intensificación. Es la ausencia del aliento, el estar en vilo.

El arte empujado por la estética de lo sublime va tras la búsqueda de efectos intensos, intenta realizar combinaciones sorprendentes, insólitas, chocantes. El intento del arte es, por excelencia, que *suceda* algo, en lugar de que no suceda nada, que no se produzca la privación suspendida¹². Pero en esta menesterosidad está el placer, que es condición de lo sublime.

La estética de lo sublime en la dualidad placer-pena es la manifestación del arte, pues éste no consigue expresar lo que quiere expresar. La realidad del mundo, el terror incoado, lo sobre pasa, no obstante no abandona el intento de decirlo, he allí su placer la expresión que intenta decir, he allí su menesterosidad no poder decir. La pretensión del querer ronda la frustración.

⁵ Cfr. J. F. Lyotard. La posmodernidad explicada a los niños, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996, p. 21.

⁶ Cfr. J. F. Lyotard. La posmodernidad explicada a los niños, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996, p. 26.

⁷ Cfr. J. F. Lyotard. La posmodernidad explicada a los niños, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996, p. 66.

⁸ Cfr. J. F. Lyotard. Lo inhumano (charlas sobre el tiempo), Buenos Aires, Editorial Manantial, 1998, p. 96.

⁹ Cfr. J. F. Lyotard. Lo inhumano (charlas sobre el tiempo), Buenos Aires, Editorial Manantial, 1998, p. 102.

¹⁰ Cfr. J. F. Lyotard. Lo inhumano (charlas sobre el tiempo), Buenos Aires, Editorial Manantial, 1998, p. 102.

¹¹ Cfr. J. F. Lyotard. Lo inhumano (charlas sobre el tiempo), Buenos Aires, Editorial Manantial, 1998, p. 104.

¹² Cfr. J. F. Lyotard. Lo inhumano (charlas sobre el tiempo), Buenos Aires, Editorial Manantial, 1998, p. 105.



Lo sublime se desvanece en el instante, en el ahora, como un signo que interroga y al cual no hay respuesta, es el enmudecimiento ante lo ominoso. Ante el acontecimiento, ante el pensamiento desarmado. No hay disciplina sólo contacto directo, no podemos entender Hiroshima a partir de una reflexión, sólo miramos estupefactos el horror de lo ocurrido, en lo sublime la reflexión queda apartada, velada ante el acontecimiento que sobreviene. Por ello, la eventualidad se asocia a menudo a la sensación de angustia, a una espera cargada de contradicción. Este sentimiento contradictorio de alegría y angustia es lo sublime.

La inconmensurabilidad entre el sentimiento y el mundo real da testimonio de lo desligado que está lo sublime de las reglas preestablecidas, sólo existe lo que se siente inmediatamente. Lo sublime desarregla la armonía de lo bello. Armonía que ha sido expulsada por el hombre. Pues, lo sublime en el siglo XX, con antes he indicado, no está referida a la naturaleza, sino a los actos llevados a cabo por éste. Lo sublime está en relación al horror absolutamente grande, con el terror absolutamente poderoso. La estética de lo sublime convierte al arte en testigo de lo que hay de indeterminado en el siglo XX, en la destrucción oculta. Por lo cual, lo que está en juego en el arte ya no es lo bello, sino algo que compete a lo sublime.⁷

¹³ J.F. Lyotard. Lo inhumano (charlas sobre el tiempo), Buenos Aires, Editorial Manantial, 1998, p. 139.

